



Agnès ha decidido «hacer» de maniquí durante una temporada para la casa Lanvin, que se ha apresurado a hacer toda la publicidad posible de este hecho.

mos al restaurante, construido con lona y madera, amplio, cómodo, casi elegante. En diferentes mesas, el director y su «equipo»: ayudantes, secretarios, «scripts», cameramen, fotógrafos. Y todos los actores que aún no han terminado su tarea en la película: John Ericson, Rafael Luis Calvo, Peter Damon...

A las dos en punto y como a un toque de diana, se reanudó el trabajo. Mel Ferrer —vestido de lana de la cabeza a los pies, y casi enfermo de calor— fue a ocupar su sitio en la escena que iba a rodarse. Rafael Torroba, médico de los equipos de Bronston, nos acompañó a ocupar el nuestro. Anthony Mann gritaba y ordenaba. Los extras obedecían. Las calles iban poblándose y cinco jaulas con fieras fueron colocadas en una de las plazas, ante las enormes columnas. El león rugía y los dos tigres daban vueltas y vueltas dentro de su encie-

rro. La preparación de la escena duró más de una hora y mi padre sonrió al pensar en la idea frívola y alegre que la gente tiene del cine o de los actores... ¡Dios mío, qué equivocación!

—Yo no podría ser tan paciente. Ni pagado con oro soportaría, durante horas y horas, este calor.

—Les admiro. Les compadezco —decía Leticia Dúrcal—. ¡Esto es trabajar!

Los extras seguían regándose con los botijos. Sus cuerpos, totalmente negros, hacían imaginar los días de calor achicharrante que vienen soportando.

—Lou are very nice, rubia... —lanzó a la princesa de Hohenlohe un «romano» jovencito.

Desde nuestras sillas de lona (con los nombres de Mel Ferrer, de Ericson y de varios actores más en el respaldo), y a la sombra de un templo, «dominábamos Roma»...

La escena seguía ensayándose. Dos esclavos, subidos en una viga, se detienen ante cada jaula y dicen al hijo del César de quién provienen los regalos. Al abrir la puerta de la última para mostrar a los animales entre rejas, unos hombres harapientos son los ocupantes. El estupor de Comodus es inmenso cuando reconoce a dos de sus nobles. La humillación a que ha querido someterle un enemigo despechado surte el mayor efecto.

Nos fuimos de «Roma» a las cinco de la tarde. Todavía no habían rodado la escena. Mel nos despidió, sudando, mareado, con su túnica cerrada hasta el cuello y su capa sobre los hombros. Y llegamos a la carretera general, un poco asombrados todos de ver casas modernas, camiones de transportes y postes de telégrafo...

agnès, maniquí provisional

Agnès Spaak es la hermana mayor de la famosa Catherine. Hija, por tanto, del escritor Charles Speak y sobrina del ministro belga de Asuntos Exteriores.

Agnès (diecinueve años y también actriz) fue educada en severos cole-

gios de París y de Inglaterra, y rodó su primera película hace dos años: «Dulce violencia», con Pierre Brice. Inmediatamente, vino a España para ser la protagonista de «Los atracadores», junto a Julián Mateos, y hace unos meses interpretó el personaje femenino de «Los donjuanes», aún sin estrenar en Francia. Fue entonces cuando Bernard Devaux la vio probarse unos vestidos en Lanvin.

—¿Por qué no «haces» de maniquí durante una temporada?

Agnès estaba libre hasta el mes de septiembre. Tenía «vacaciones cinematográficas».

—¿Maniquí? ¡Me divertiría muchísimo!

Y aceptó.

—Mi «descanso» será desfilar por una pasarela...

La casa Lanvin se ha apresurado, naturalmente, a hacer toda la publicidad posible del «acontecimiento». Haber logrado contratar a Agnès es un buen tanto que la gran modista francesa acaba de apuntarse. Las primeras fotografías de la actriz como maniquí han sido tomadas en las calles parisenses: al estribo de un autobús y vestida —o poco vestida— con un elegantísimo «deshabillé». ¡Buena puntería!

SIGUE



Agnès Spaak, hermana de la famosa actriz Catherine, rodó en España, junto a Julián Mateos, «Los atracadores», en una ascendente carrera cinematográfica.